PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES Pablo de Grecia—Jose Maria Delgado

Mayo de 1921 Num XXXV — Año V.

DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

Esta mujer, que enmudeció para siempre tras una vida altamente ocupada, constituye una verdadera gloria de su tierra; y no podrá su nombre tener ese efímero recuerdo ganado por lisonjas, por críticas adulonas o por inmerecidas tolerancias; en las historias, ese nombre quedará asentado en obra tan variada, fuerte y sana que parece increíble la haya producido mujer de nuestra habla y de nuestro tiempo

Aunque nos ligan a España vinculaciones que por conocidas y estrechas no hay necesidad de expresar, cierta es nuestra indiferencia por la actividad mental de sus hombres No sabemos quitarnos a otras fascinaciones, por donde resulta que inesperadamente suele aparecérsenos alguna personalidad de gran volumen, cuya importancia creemos casual o extemporánea: pocas veces llegamos a examinar si allí existe un clima intelectual donde sea coherente la floración que nos admira.

Por este modo imperfecto de nuestro conocimiento, fácil sería incurrir en una apreciación exagerada o inexacta de la importancia alcanzada en su país por los méritos de la señora Pardo Bazán.

Dejemos entonces la gloria que en su tierra le cuadre; para loar a esa ilustre mujer basta examinar

cuanto brotó de su pluma, activa hasta la muerte, cuya proximidad apenas le mermó virtudes.

Novelas, estudios críticos, labor periodística, todo llevó el sello de una inteligencia fuerte, apacentada en estudios necesarios para marchar con la civilización; todo trascendía una elegancia singular, que no era por cierto la de su sexo, pues si bien doña Emilia Pardo Bazán no fué un virago, lejos anduvo, igualmente, de trabajar las literaturas cloróticas o asexuadas, para uso de *boudoirs* o de reclinatorios.

Fué la suya literatura honrada, bella y sincera; no cabe discutir aquí, pues ello debe ser labor de críticos venideros, con más dilatada y perfecta visión de su obra, no cabe discutir, decimos, si de la realidad tomó algo más de lo debido, si su fantasía ahuecó en exceso los velos flotantes de alguna de sus creaciones.

* * *

Para aquilatar cualquier elogio basta leer el estudio sobre San Francisco de Asís, magnífica evocación de la dura civilización medioeval, realizada con tal maña que la síntesis conveniente a ese género de trabajos no empequeñeció el abundantísimo, asombroso caudal de pormenores, por donde resucita aquel siglo XIII y puede ser gustado sin fatiga, como algo habitual o contemporáneo. Y, sobre ese fondo, que pudieran envidiarle varones doctos, aparece la personalidad del santo, con todo su aparato místico, mas con resplandor humano y superior que toca el entusiasmo hasta de los espíritus indiferentes.

En el considerable montón de sus novelas, poco será lo que el tiempo enmohezca y anule. Por la superioridad de los ideales que les puso de esqueleto, por la donosura de la forma, por la honda y amorosa mirada con que aquella ilustre dama siguió los vaivenes de las

costumbres y los impulsos dirigentes de la vida, hasta por la encantadora manera de transportar a sus escritos la naturaleza, el considerable montón de sus novelas y de sus cuentos disfrutará imperecederos honores. No menos interesante y encomiable fué su labor crítica; pero, habiendo ya puesto en su punto la abundancia de conocimientos y la alta inteligencia de la vida que poseyó la señora Pardo Bazán, nos parece superfluo recomendar valores.

* * *

Concretamos así nuestra continuada admiración de su obra, pues el homenaje de estas páginas tiene esa virtud esencial, — la de corresponder, no a una cortesía periodística, sino a una deleitosa y antigua frecuencia de la obra de la extinta.

LOS MAGOS

De Verhaeren.

¿Desde cuáles orientes de mirras y de incienso,
en las manos teniendo
qué dones y regalos,
dentro del corazón qué homenajes y cantos —
decidlo — llegáis hasta nosotros reyes buenos,
¡Oh, buenos reyes magos?

Una estrella que viene desde antes del desierto,
vuestras sombras alarga en el solo sendero
cubierto por sus rayos que hasta Belén llega.
En cualquier otra parte la noche es de tinieblas.
Las cadenas del Líbano no se ven. Una antorcha
que muévese, la única, es la estrella. No óyese
más ruido que el de vuestros pasos, crujientes sobre
la arena roja.

—Llegamos desde el fondo de los tiempos. Llegamos
a un porvenir turbio y flotante, en que nada
hasta hoy transparéntase, salvo un fulgor de infancia,
en frente dulce como aurora. Hemos errado
por estepas y dunas, pero tan sólo allá,
tras el largo camino que siguen nuestros pasos,
podremos encontrar
a quien, iluminado
está, ceñido por aureolas. Un establo

lo abriga. Un rayo recto
que cae desde el cielo
atraviesa su techo.
De divinas palabras está lleno el silencio.
Muy dulcemente — aproximaos — ¡oh, magos buenos!
He aquí a su madre, preparando pañales;
he aquí el buey, el asno, y he aquí a los ángeles
que cantarán su gloria en torno al firmamento.
Aproximaos más
los tres, coged, besad
sus piecesitos fríos: al mundo salvarán.

Miradle bien los ojos: es profunda su vida.
Un día, sobre el Gólgota, debajo la tiniebla,
serán dulces y claros hasta en plena agonía.
Su corazón, jardín de dulzura infinita,
es en donde, a las plantas de la viña sangrienta
del amor más supremo, San Juan y Magdalena
vendrán a reposarse.
El será sol radiante
sobre todas las penas,
el dulce pastor que cuida humildes ovejas,
el hombre errante y sólo que va a curar los males,
cuando nadie, al caer de la tarde, ya pasa
por caminos perdidos de las almas cansadas.

Desde que su bella frente emergió de las tinieblas,
ha quemado — lo infinito — llama nueva.
En la India de los tiempos de Budas, claros y ascetas,
labios de oro balbucearán lo que él dirá; sin embargo,
sólo él pronunciará con el corazón, completa
la palabra para quienes serán futuros cristianos.
La era toda bondad, la esperada, ahí se encuentra;
era del candor ardiente, de vigilancia, de buena
plegaria y de silencia
tierno en torno del brasero
blanco en que la castidad sus fervores alimenta.

El Cristo estará vestido de una serena tristeza;
él irá por las mañanas
y las tardes, arrancando
gritos nuevos desde el alma,
exaltando los dolores que besarán su cadena
y los amores que son como altares de descanso.
Al borde de cada abismo, su cruz estará clavada;
brillarán de cima en cima sus monasterios de oro;
el viento de su locura conmoverá las montañas;
la guerra, con su tempestad,
con su nombre rodará:
y por la primera vez, los pueblos de Occidente
se inclinarán a su paso;
su espíritu firme y claro
de la fuerza dudará,
se regará de la carne, al ver pasar el relámpago
de la quimera oriental.

Y los magos han venido a las plantas del Cristo,
en el pesebre, en medio de su luz y la paja,
a brindar los regalos y decir la plegaria,
manos unidas, ojos tranquilos y contritos
corazones. La Virgen sonreía con lágrimas,
los magos se desprendían de armas y turbantes,
mientras que San José arreglaba metales
que ellos retiraban
de bajo las gualdrapas
y en el umbral desiertos sus mantos sacudían,
llenos de piedrecillas y de tierra rojiza.

Y dulce, largamente,
hasta el momento en que surge en el firmamento
la alborada, los reyes
a la manera de sus países oraban
a su Dios que es más dulce que azucena de estampa.

Luego partieron por el desierto bermejo,
cuando el sol ascendía en la gran hora diaria
de la luz indudable. A veces, aunque en vano,
uno se daba vuelta, para ver a lo lejos
en el aúrea mañana,
alumbrarse el pesebre y radiar el establo.

Después, el mismo, apresurando el paso,
reanudaba la marcha y a cada instante más
parecía el cortejo, sombra en medio del espacio,
allá.

Magos de noches de plata
cuando acarician los astros frentes inclinadas hacia
el candor y la bondad;
vuestro mirar se fascina, vuestro corazón se exalta,
creyendo en el poder dulce, nuevo: la debilidad.
Pero el hombre en quien la audacia
ya ha impreso su ley
cuya amplia voluntad es el arranque y la fe,
y que parte a la conquista, para sí mismo, del mundo,
¿admitirá alguna vez
que un niño reine en su alma, haciendo abatir su orgullo?
Penitentes, confesores, mártires, mujeres santas,
podrán florecer los tiempos
con las rosas de su duelo
y arrojar su sangre al Cristo, asemejándose a llamas;
pero no cambiarán nada
de lo que siempre existió;
la humanidad sólo tiene la sed de su propio amor;
se retuerce y es ardiente y es ruda y siempre compleja;
la alegría y la bondad son las flores de su fuerza.

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

JUAN CARLOS GÓMEZ

Conferencia pronunciada en el salón de actos públicos del Ateneo del Salto en la solemnización del centenario de Juan Carlos Gómez.

El doctor César G. Gutiérrez concreta en estos momentos una de las personalidades intelectuales de mayor relieve en las generaciones saltéñas del novecientos.

Idealizador, talentoso, cultísimo, tiene todos los dones inefables de la juventud.

Pegaso se regocija una vez más de reunir en sus páginas colaboraciones tan brillantes como la del doctor Gutiérrez.

Una salvedad hacemos a nuestros lectores: el estudio de Juan Carlos Gómez que publicamos está reducido a la vida política de aquel lírico cruzado de la libertad, de cuya labor poética el doctor Gutiérrez hizo abstención preconcebida, para dar sitio a otro de los conferencistas del ciclo ateneida con que en la ciudad del Salto se recordó el centenario de Juan Carlos Gómez.

La lectura de las páginas que siguen merecen los honores de nuestro ambiente intelectual.

El Comité Departamental de la Asociación Patriótica Uruguaya, ejerciendo el elevado magisterio de las nobles exhumaciones, me ha pedido, que en esta solemnización del centenario de Juan Carlos Gómez, hiciera

resurgir las características de este varón ilustre en la perseverante glorificación de la *vía crucis* de su vida, del patriotismo de sus ideales y de la viril gallardía de su acción, en que hay tanta conquista de talento y simpatía de martirio.

No pienso pronunciar un discurso ni una conferencia; me limitaré a contar su vida, que es tan bella que confío conserve algo de su belleza, a pesar de mi prosa modesta, y os la diré con la sencillez, con la familiaridad con que se narra un cuento, o se abre un libro y se lee una página de historia.

Trovador y proscripto, peregrino sediento de libertad, poeta a despecho del infortunio, forjador de la conciencia de su época, poseía los dones que la naturaleza otorga a los que serán consagrados por los prestigios inmarcesibles de la inmortalidad; no tiene el civismo de América paladín más esforzado que su pluma, que como las de las águilas remontó los Andes, para que el vuelo optimista de su pensamiento irradiara sus luces sobre el cielo de tres patrias.

El Uruguay, Chile y la Argentina sintieron posar sus plantas de caballero de la libertad sobre las arenas gladiatorias de sus luchas, y no hubo publicista que atesorara al servicio de sus causas, tantas galas y primores de estilo, que lo han impuesto por labios de la crítica el primer periodista del Río de la Plata, unido a una voluntad que nunca claudicó, — ni en las borrascas de la derrota, ni en las voluptuosidades del triunfo, — dueña de esa tenacidad más fuerte que la adversidad, que vibra como un estigma de luz en la frente de los apóstoles y de los grandes visionarios, que en la sombra de las horas aciagas saben desentrañar el filón idealista, que hará su explosión de claridades nuevas en las auroras del mañana.

Su vida se confunde con la de nuestra historia, en el largo cortejo de sus vicisitudes y sus luchas. En

medio de las pasiones enardecidas de la montonera, fué un tallo idealista, que abrió sus flores en las serenas regiones de los principios; en medio de nuestras tormentas, fué una estrella solitaria, que se destaca con peculiaridades que le son únicas y que reclama para sí los honores de una de nuestras primeras personalidades civiles. En nuestra historia abundan las figuras militares, en cuyos aceros parece resumirse todo el valor y orgullo de la raza; pero no podemos decir otro tanto del número de los hombres de letras, que como tales impusieron su nombre en el vasto escenario de la Revolución Americana.

Juan Carlos Gómez se basta por sí solo, para llenar con honor este vacío; por él, el Uruguay tiene un prócer de la idea, un héroe del pensamiento; un cultor infatigable del civismo; un soldado del ideal en los planos superiores de las especulaciones espirituales, que fustigó con su pluma valiente la esclavitud de todas las tiranías, para grabar en las pupilas, bajo el cielo troyano de América, elevados mirajes de redención; que encordó con altivez su lira para arrancarle en notas de bronce su "Canto a la libertad"; que ofreció a la patria su inteligencia, su corazón y su vida, sin otro premio que el destierro, donde se agigantaba su silueta de tribuno, que no conoció la apostasía, ni ante la sirena seductora de la popularidad; por Juan Carlos Gómez, el pensamiento, el cerebro uruguayo, tendrá su escogido sitial en la inmortalidad y en la gloria, al lado de los brazos fuertes que empuñaron las espadas libertadoras. Es necesario destacar ante la opinión pública los relieves de esta figura singular, incorporar su nombre a los tesoros de la historia, que el niño aprende a balbucear en la escuela y el ciudadano admira en la vorágine de la democracia para templar su alma en la inspiración de los grandes ejemplos y, sobre todo, para que paralelamente a los actores de las acciones

bélicas, se engarcen estos modelos de civismo en la diadema de nuestras glorias, para saldar las deudas de amor y de gratitud, no sólo con los vencedores en las gestas heroicas, sino también con el patriotismo sereno que debatió sus ansias y sus estoicismos en las luchas casi sin resonancias del pensamiento, en que nunca se encuentran, como en los campos de batalla, los galones y laureles de oro para rubricar en forma positiva, el triunfo conquistado en la epopeya.

Dichas estas consideraciones, hablemos del gran ciudadano, de su adolescencia promisora, superada en los frutos de su vida fecunda; de los acentos consagratorios de su lira y de los triunfos resonantes de su pluma; de su gallarda elocuencia de tribuno y su dialéctica formidable de polemista, y puntualicemos su desinterés magnánimo, su ausencia de rencores, su patriotismo tan calumniado y tan superior a todo ejemplo, condiciones que excepcionalmente reunidas en un mismo espíritu hacían decir a un pensador ilustre "que era el tipo moral más perfecto".

Nació Juan Carlos Gómez en la ciudad de Montevideo, el 25 de julio de 1820. Cursó sus primeros estudios en la Escuela Mercantil, donde se destacó por su inteligencia, tocándole tomar la palabra en nombre de los alumnos, — por ser el más laureado, — en la repartición de premios, que recibió de manos del entonces Presidente, general Rivera, con el cual participó más tarde de las tareas del Gobierno siendo su Ministro del Triunvirato de 1851. Continuó siempre estudiando y frecuentando las mejores ruedas intelectuales, que lo consideraban el primero de su generación, entre ellos Juan Bautista Cúneo, político italiano de vasta cultura, emigrado del Reino, que le dió un curso de su idioma, asemejándole su avidez de aprender a Sarmiento, que ganando dos onzas por mes como

empleado de comercio dedicaba una a pagar un profesor de inglés.

Con el Sitio de Montevideo, en 1843, emigra al Brasil, provincia de Río Grande, de donde tiene que salir al poco tiempo, porque conocidas sus ideas liberales no era huésped grato a la monarquía, que lo destierra a los dos años. De allí pasa a Chile, a ocupar en la prensa, con más provecho para su causa, su puesto de soldado de la libertad, que dejó en Montevideo por algunas disidencias con su jefe y por considerar que sería más fácilmente reemplazado en las columnas del ejército que en las columnas del periodismo, donde exeró la tiranía de Rosas y luchó por la pureza de las instituciones.

Aquellos Andes, que San Martín, el Gran Capitán, debiera escalar para su inmortalidad, en el empuje inicial de nuestra Independencia, sintieron también sobre sus crestas la planta de este desterrado, que siguiendo años más tarde la trayectoria del héroe era el heraldo del mismo sueño de libertad.

Quizás haya sido en esa ocasión, y sintiéndose erguido por el pedestal gigantesco de la Cordillera, bajo el solio azul del cielo, castigado el cuerpo por los vientos y las nieves, herida el alma por los desengaños de los primeros amores, dominando en su desoladora verdad la situación de la Argentina y del Uruguay, debatiéndose convulsos bajo el yugo de una tiranía, como otros pueblos de América; quizás haya sido en esta ocasión, repito, entonando su salmo de esperanza bajo el marco inmenso, que concibió por primera vez su idea — hoy ya realizada — que sobre la cumbre de los Andes, cual si fuera la tribuna más alta del Continente, se levantara la estatua de Cristo, como un simbolismo de fraternidad y amor de estos pueblos, que él contemplaba como una visión dantesca, bajo los siniestros resplandores de la guerra.

Llegado a Chile, se dirige a Valparaíso, donde ocupa, como hemos dicho, un puesto destacado en el periodismo, haciéndose cargo de "El Mercurio", el órgano quizá más prestigioso, reemplazando en sus columnas a un periodista de la talla de Sarmiento, a quien igualaba en gallardía, como abanderado de ideales superiores a su época y en tenacidad batalladora, pero a quien superaba, indiscutiblemente, en la belleza de la forma, que Gómez cultivó con la pulcritud de un estilista que aún resiste al tiempo y a la variante de los gustos con los primores de una elegancia que nos deleita.

En el diario, además de atacar a Rosas, manteniendo encendido el culto a la patria, discutió, con el brillo y la pureza que lo distinguía, todos los problemas políticos que interesaban a los destinos de Chile, llegando a ejercer tal influencia que derrumbaba Ministerios e imponía Presidencias.

Contaremos dos pasajes de la vida de Gómez en ese país, para probar, en uno de ellos, su independencia de criterio, que fué una de sus características, que lo ha llevado muchas veces a polemizar con sus amigos más íntimos, pues a nadie hizo la concesión de una verdad, y en el otro, se verá el desinterés con que tantas veces adornó su azarosa vida.

Con motivo de una de las elecciones más reñidas que se han desarrollado en Chile y de mayor trascendencia para la felicidad del país, sostenía Juan Carlos Gómez la candidatura de Manuel Montt, a quien consideraba el único hombre de estudio y de condiciones para ser útil al país en la dirección de su destino.

Reunida la Convención del partido a que este ciudadano pertenecía, había nombrado a otro candidato para la presidencia, noticia que comunica Sarmiento a Gómez, preguntándole cuál sería su conducta. Gómez contesta que su único candidato sería siempre Montt;

un apretón de manos de Sarmiento le hizo ver que era de su mismo parecer, luchando junto entonces con ese titán, que decía de sí mismo "que nadie le disputará en América la triste gloria de haber ajado más la presunción, el orgullo y la inmoralidad". Ellos imponen la candidatura y lo sacan presidente, para la felicidad de aquel país, que tanto se benefició con la acertada gestión de ese hombre, que es hoy una de las glorias de Chile.

Esto nos demuestra la influencia que llegó a ejercer y su independencia de ideas, haciéndolas triunfar sobre un partido.

"Ni gobierno, ni partido nunca me impusieron, decía, pues obedecí siempre a convicciones sinceras y nobles; amaba la libertad para Chile como la amaba para el Río de la Plata y para el mundo entero".

Este triunfo electoral coincidía con la batalla de Caseros y la derrota de la tiranía porteña, por lo cual decide venirse a su tierra.

Había soportado todos los sinsabores de una campaña política sin precedentes y llegado el momento del triunfo no espera le otorguen la parte que le correspondía y abandona un país donde sería el preferido de una causa triunfante, para ir a su patria a volcar sus energías desde el llano.

El Presidente Montt le hace infinidad de ofertas ventajosas en el orden material y quiere cubrirlo de honores, que rechaza Gómez con toda hidalguía, aceptando tan sólo como recuerdo de aquel político ilustre, que él encumbró en brazos de la juventud universitaria, una edición completa de los clásicos latinos, que en su testamento regaló al Ateneo de Montevideo. El comercio de Valparaíso, agradecido de sus servicios, le hace un regalo de 3,000 pesos para regresar al Plata, pues aquel sembrador de ideales, que abandonaba los tesoros conquistados para mezclarse en las

adversidades de su patria, desdeñaba, por primera vez, la opulencia, desde la pobreza, como lo repetiría otras veces en su vida pública. Con esto vemos la verdad del juicio de Rodó, quien decía de la figura que hoy honramos "que poseía las tres superioridades eternas: inteligencia, carácter, virtud. Y sobre esta base triangular, no hay pedestal de estatua que no resista a todas las fuerzas de la tierra".

En 1852 vuelve a Montevideo, terminando el mismo año en Buenos Aires su carrera de abogado. Encuentra el país dividido por los odios y rencores que tan largo tiempo habían de acompañarnos y fustiga el espíritu de partido, predicando la fusión y la fraternidad, ciñéndose al Pacto de Octubre, según el cual no había vencidos ni vencedores, "dejando a la historia el juicio de lo que fué; sólo el crimen y la inmoralidad no tienen derecho por lo pasado a más consideración que el olvido y que el desprecio". "Quería ligar cordialmente a todos los ciudadanos en el interés y en la gloria de la patria. Esta obra santa debe ser la obra de todos, nadie debe ser excluído; porque no hay fuerza humana que haga que no valga lo que vale".

Con otros elementos representativos funda la Sociedad de Amigos del País y la Sociedad Protectora de Inmigrantes, con generosos y bellos programas, que muchos de sus principios son todavía necesidades que la actualidad reclama.

A fines de ese año es electo diputado por el Salto, en un período complementario hasta 1853, caracterizándose esta campaña por la hermosa refutación que hizo a aquellos que, no pudiendo atacar sus prestigios, se ampararon en el criterio localista, que él comentó admirablemente en una visita de gratitud que hizo a sus electores.

El pueblo del Salto fué más vidente y de más acierto que aquellos que lo combatían y llevó a los escaños parlamentarios a este tribuno, que destacó su acción por los acentos viriles de su elocuencia y su generoso patriotismo de luchador.

Con orgullo recogemos esta incidencia de los anales democráticos de nuestro Departamento; fué el Salto el único que en la vida de este hombre superior, que tantas veces golpearon las piedras de la envidia y de la injuria y clavaron sus garras los roedores de gloria, fué el Salto el único que puso el sello y el reflejo optimista de la sanción popular.

En Montevideo sacó el diario "El Orden", órgano del partido conservador, que él fundó, que conservaba la tradición de la Defensa y que fué la escuela liberal donde se inspiraban los que abatieron los tiranos y los caudillos. Era, además, el vocero de todas sus bellas iniciativas y de sus campañas, que cada día aumentaban el caudal de sus prestigios de escritor, si bien es cierto que sus ideas impersonales y de un elevado sentimiento de justicia, no estaban destinadas a hacer muchos prosélitos en un ambiente sin rumbos, con las secuelas de la anarquía, en que los vaivenes del momento marcaban la ruta de los destinos.

Con la caída del Presidente Giró y el motín del 18 de Julio, que trae como consecuencia el Triunvirato de Rivera, Lavalleja y Flores, participa de las tareas gubernativas desempeñando las funciones de Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, que aceptó por encontrarse el país en una situación interna e internacional muy delicada, creada por un Presidente que quería gobernar desde un barco de guerra extranjero, enojosa situación que solucionó con todo brillo y maestría.

En el desempeño del Ministerio, auxiliado por colegas eminentes, se destacó como figura sobresaliente del

Gobierno, que caracterizó con una amplitud nacional, concitando la colaboración de todos en un generoso olvido de las divisas; abocándose a problemas trascendentales, como la modificación de la Constitución, que después no se realizó; garantizando la libertad dentro del orden, siendo célebre su nota pasada a las imprentas autorizándolas para publicar lo que se les mandara en contra del Gobierno.

Al poco tiempo renuncia del Ministerio para no volver nunca más a las esferas del Gobierno, pero debemos hacer constar, que cuando le tocó poner en práctica lo que predicaba — obrero que pasaba a forjar su sueño en el yunque, en la fragua candente de los acontecimientos — no desmereció al pensador este soldado de visera levantada, que siguió fiel al principismo de su brújula en medio de las confusiones del combate; porque si algo completa con contornos magistrales la silueta moral de Juan Carlos Gómez, es la armonía, es la concomitancia inalterable entre la palabra y la acción, que la subraya con el valor de la lucha y el sacrificio.

Se dedica entonces por un tiempo a su profesión, embarcándose en 1855 para Europa, de donde regresa a Buenos Aires, después de una corta estada de seis meses.

Antes de abandonar la patria destacaremos un gesto, que revela una vez más el desinterés y los escrúpulos puritanos de este patriota que atesoraba la superioridad de tantas virtudes e hidalguías. Habiendo una vacante en el Superior Tribunal de Justicia, la Asamblea lo elige por una gran mayoría sobre los otros candidatos, entre los que había jurisconsultos de nota; Juan Carlos Gómez renuncia el cargo, por no llenar, decía, las condiciones que marcaba la Constitución; ésta exige cuatro años de vida profesional y él se apresuraba a hacer constar que tenía dos solamente. ¡Deli-

cadezas sin precedentes, sobre todo en aquellas épocas, y que dispensan todo comentario!

A su regreso de Europa, tuvo que afrontar un duelo en Buenos Aires, que, por las circunstancias tan especiales que lo rodearon, fué el episodio más comentado de aquella vida, que con sus destierros, sus alternativas políticas, sus versos y sus amores, ya tenía en el comentario público los misterios sugestivos de la leyenda... Escribía Juan Carlos Gómez en "La Tribuna", en un momento en que el ambiente estaba caldeado y las pasiones exaltadas al calor de las polémicas que, militando en las mismas filas, sostenía junto con Mitre, Sarmiento, López, Vélez y otros.

Un periodista que llegaba de París precedido de una gran fama de espadachín y de tirador, el doctor Calvo, se había propuesto provocar a este grupo ilustre, que él llamaba "la pandilla" y de quienes la posteridad dice "que era una generación nacida colectivamente para la gloria".

Con motivo de las ofensas groseras que éste les infiriera en un artículo, Gómez lo refuta con tal altura, pero tan magistralmente, en un suelto llamado "El terror del florete", que su contrincante, enardecido y destrozado, no tiene otra respuesta que la provocación brutal. Decía Gómez en este artículo que nada le infundía más desprecio que el honor y el valor de los espadachines, que Sarmiento y sus demás compañeros no eran unos cobardes como él afirmaba, puesto que habían tenido un valor más alto que el de los espadachines, y que era todo un timbre de altivez ciudadana, exponiendo su vida durante infinidad de años en una lucha valiente contra la tiranía, y que, en cambio, el doctor Calvo mostraba todo un ejemplo de cobardía, provocando, sin beneficio para el país, movido por la más repugnante de las vanidades, a personas que sabía ignoraban el manejo de las armas.

Calvo le dirige entonces una carta diciéndole que le concedía inteligencia pero no valor y para demostrarle que no quería valerse de su superioridad en las armas, le invitaba a un lance en que se cargara una pistola y otra no, sorteándose cuál correspondería a cada uno.

Gómez contesta que no era su costumbre desafiar, pero que tampoco acostumbraba a rechazar los desafíos, por lo cual aceptaba el lance, que se verificó dentro de estas condiciones.

Cuando a la tercer palmada del director del lance, el doctor Calvo hizo fuego sobre Gómez, éste, todavía, no había disparado su pistola, dirigiendo, luego, su tiro al aire, exclamando la célebre frase, a las insistencias de su contrincante, para que le apuntara: "que le podían obligar venir a morir, pero no a matar".

Aquel espíritu que, ansioso de conquistas nuevas, educaba las conciencias debatiéndose en las luchas del pensamiento, también educaba abatiendo el matonismo, con la nobleza de gestos magnánimos, que lo consagraban generoso y caballero hasta en los dinteles supremos de la muerte.

Los acontecimientos nos lo mostrarán en seguida blasonándose, como en Chile, con nuevas pruebas de virtud, condición que, junto al amor a la lucha y su tendencia al bien, irradian simpatía en todas sus acciones.

Después de concluir una campaña electoral, con el triunfo de su partido en la gobernación de la Provincia de Buenos Aires, decide volver a Montevideo en 1857, en un momento en que todos huían de la ciudad, presa de una epidemia de fiebre amarilla.

Inútil son las proposiciones ventajosas de sus compañeros de luchas, que querían conservar a su lado a

colaborador tan eminente y que querían que participara, con justicia, del triunfo bravamente conquistado.

"Cumplí mi compromiso, dice, contraído con mi propia conciencia y obedezco a otro deber de mi conciencia. Mis amigos quieren darme derechos en su triunfo, yo los agradezco, que si es permitido renunciar los derechos, no es permitido a un hombre de bien renunciar los deberes.

"Si hubiéramos sido derrotados, quizás quedara a vuestro lado, pero en el dilema de elegir entre gozar de una situación triunfante o ir a mi patria, no cabe duda posible, mi puesto está al lado de los que sufren y de los que mueren".

"Golpea tu corazón que en él está tu genio", dice Stuart Mill, y convengamos que este escritor de pluma genial — que se defendía resonante como un escudo de combate — era un genio moral cuando escuchaba las voces de su sentimiento, cuando cerraba sus oídos a las consagraciones triunfales de los clarines victoriosos, para ir a donde todos huían a desafiar el blanco sudario de la muerte, cuidando a su pueblo de sus dolores y sus llagas, como lo defendiera antaño y siempre de sus extravíos y de los enconos, que tantas veces lo arrastraron a las encrucijadas sombrías, donde se cae y donde se mata.

Después de formar parte de una Sociedad de Beneficencia, donde dejó bien sentado su altruísmo, asumió la dirección de "El Nacional", donde hizo una gran campaña sanitaria y se mezcló con entusiasmo y con el patriotismo de siempre en las luchas políticas de la época, que se presentaba erizada de dificultades y pasiones.

Cuenta Angel Floro Costa, que entonces era su escribiente, que en los momentos de gran expectativa le dictaba los editoriales ante más de cien personas, veteranos de la Defensa y de las más altas jerarquías,

que seguían sus normas, escuchando fascinados, sintiendo verdadero culto por la elocuencia arrobadora del apóstol, que en ese momento, como nunca, le era aplicable el juicio de Varela, de que era un león con alma de poeta.

Aquellas escenas, en que los prestigios del tribuno se agigantaban ante las figuras consulares, eran comparables al respeto que los generales viejos y veteranos tenían por Napoleón, general de 25 años, en la campaña de Italia.

Su hábito de dictar los editoriales, revelaba su tendencia a la oratoria, en que brillaba por la elegancia de la frase, por la profundidad de la idea, por su voz y su *posse* tribunicia, realzadas por una feliz memoria, que nunca le hizo recurrir al papel, sumado todo a una subjetividad refinadísima, en que surgía el poeta adueñándose de las almas.

Luchó en esa época, atacando el tratado con el Brasil y por la verdad electoral; "no queremos gobierno de partido, decía, queremos gobierno de instituciones, de libertad, de garantías, que afianzen a ambos el patrocinio de la ley y la justicia".

En ese año, el 1857, siendo Presidente Gabriel Pereira, se presenta un día un comisario en la casa de Gómez, pidiéndole lo acompañara a la Jefatura; lo encierran en un calabozo, con los mazorqueros de reputación más nefasta, enviándolo de allí a un barco que zarpa en seguida para Buenos Aires, donde lo destierran sin proceso de ninguna clase.

Al ciudadano noble, que desdeñaba los halagos de una posición feliz en el extranjero, para servir a su pueblo en los momentos de infortunio y de desastre, se le negaba el derecho de vivir donde nació.

En Buenos Aires escribe en "El Nacional", que abandona al poco tiempo, retirándose del periodismo activo por espacio de veinte años.

Durante ese período sostuvo muchas polémicas, con los primeros hombres de su época, algunos sus amigos más íntimos, y que eran comentadas en ambas orillas del Plata; pues no hubo en su tiempo ningún periodista que despertara más interés.

Entre ellas se destacan las sostenidas con el general Mitre, Pedro Goyena, José Pedro Ramírez, Manuel Herrera y Obes, Alejandro Magariños Cervantes y Mateo Magariños Cervantes, que terminaba su refutación diciéndole, que no obstante sus ideas contrarias, él votaríalo para Presidente de la República, rindiendo así homenaje al concepto honroso que le merecía.

Con motivo de un discurso de Sarmiento en la Cámara sobre delitos de imprenta, Gómez publica un artículo, enrostrándole su ingratitud para el periodismo y atacándole rudamente. Sarmiento contesta en forma no menos enérgica y termina su réplica en manera que difícilmente habrá repetido en otra ocasión aquel titán formidable de la polémica. Pídele a Gómez que no le conteste, "que así ganará la fama que le falta, de sufrir con nobleza una mortificación y conservará el afecto de quien no puede dejar de ser su amigo".

Otras de las manifestaciones en que sobresalió su talento, fué en su profesión de abogado. Dice Luis Melián Lafinur, que si su amor a la libertad y su vocación al periodismo no le hubieran convertido en el primer periodista de la América Española apartándole de su carrera, hubiera sido el jurisconsulto más eminente de su tiempo, pues superaba en muchas condiciones a los que más tarde consagró la fama.

Al citar este nombre de Melián Lafinur quiero rendir justicia a su obra sobre Juan Carlos Gómez, que es un estudio fundamental, del que he sacado muchos datos para esta conversación, y considero el más hermoso esfuerzo que se haya hecho en su glorificación.

Célebres fueron sus informes *in voce*, que tan oportuno campo brindaban a su elocuencia, que salió victoriosa de contrincantes tan temibles como Manuel Quintana, que tan brillantemente destacó su nombre en la oratoria argentina.

Como obra de aliento, proyectó, en colaboración con Juan A. García, un Código de Procedimientos, por orden del Gobierno de Buenos Aires, que sirvió de antecedente para el vigente. Era muy versado en letras, estando al corriente de toda la producción europea de su tiempo, para lo cual lo ayudaba su posesión del francés, el inglés, el latín, el italiano y el portugués.

Marcó rumbos a la literatura de su época y se distinguió como el primero de nuestros líricos, por su sinceridad e inspiración.

En este largo exilio que había de prolongarse hasta 20 años después de su muerte, le llega un ofrecimiento, en el Gobierno de Gomensoro, para confiarle una misión a Italia, que con todo desinterés rechaza, por considerar insignificante el servicio que prestaría a su patria.

Vuelve más tarde a empuñar su pluma de periodista en la Dirección de "El Nacional", sosteniendo la candidatura de Sarmiento, alternando estas actividades con una vida social intensa, ejercida desde el Club Progreso, el primer centro de su época, que presidió diez años seguidos, dejando su fama de hombre de salón, de *causseur* exquisito, que realzaba los encantos de su gran cultura y refinamiento de espíritu, con la curiosidad aromada de misterio, que le daba sus conquistas y sus amores, su vida de desterrado y de poeta.

En su ancianidad, premian su erudición, nombrándolo profesor de Filosofía de Derecho, en la Facultad de Buenos Aires, pero los achaques de un reumatismo y una arterioesclerosis que avanzaba no le permiten

cumplir como quisiera y como esto no se aviniera con sus escrúpulos, renunció al poco tiempo.

Pero hay un aspecto de la vida de Gómez, el más discutido, el más impopular, que no debemos silenciar y fueron sus ideas anexionistas.

Hay en la apreciación de esta propaganda, una verdadera falsedad; él no era partidario de que se fundiera la soberanía uruguaya en la República Argentina; él quería reconstruir el Virreynato del Río de la Plata, formar lo que él llamaba la "Patria Grande", a base de mutuas concesiones, exigiendo, en primer término, que la Capital fuera Montevideo y que esta idea no pudiera realizarse sin antes someterla a un plebiscito nacional.

De manera que todo su pecado se reducía a haber concebido un proyecto, que humildemente presentaba a la consideración de sus conciudadanos.

Juzgado con el criterio de nuestros días, en que el nombre de uruguayo es más que una conquista ratificada en 95 años de independencia; en que el nombre de uruguayo lo llevamos como un título de orgullo, es un profundo error que mueve nuestra antipatía; pero no olvidemos que los acontecimientos hay que juzgarlos dentro del tiempo en que se desarrollaron y no olvidemos entonces las sombras que se cernían sobre el cielo de la patria y, sobre todo, que anexionista fué Artigas en las Instrucciones del año 13, anexionista fué Lavalleja en la campaña libertadora de los "33", y anexionista fué el Congreso de la Florida de 1825; sólo así comprenderemos que si hubo error, que otros también participaron, no existió nunca, como se ha querido señalar, una apostasía, ni una traición.

Si hubiera vivido más tiempo este patriota denodado y tuviera la felicidad de contemplar mejores horizontes para su tierra, él desistiría de su quimera, él también hubiera sentido el arrullo de la esperanza, él

también hubiera sentido la satisfacción de ser libre y el honor de ser oriental.

Se llegó a decir que era un vendido al oro porteño y para refutar esta calumnia sacrílega apelemos a la elocuencia lacónica de los hechos. En 1877 se le ofrece un puesto, que equivale a la consagración definitiva para cualquier intelectual: se trata del cargo de Rector de la Universidad de Buenos Aires, que dejaba vacante la figura prestigiosa de Vicente Fidel López. Juan Carlos Gómez lo renuncia, porque se necesitaba para desempeñarlo ser ciudadano argentino y él quería pertenecer al Uruguay hasta el fin, corriendo todos sus dolores e infortunios, hasta quedarse solo en la playa, aterido y desnudo.

¡El que acusaban de apóstata renunciaba sus derechos en un país a cuya organización política había contribuído con sus hijos más ilustres, por temor de perderlos en su tierra!

Sus últimos años fueron tristes, más tristes que toda su vida, lo que hacía decir a Zorrilla de San Martín, que desde tiempos antes se sentía con sueño de morir, que la sangre se marchitaba en el árbol de su vida y que "su corazón, que era tan grande, estaba muerto por algunas partes".

El 25 de mayo de 1884 muere en Buenos Aires, sin que se diera cumplimiento a su pedido "de que se echaran sus cenizas al viento", formulado quizá en el deseo de que sus huesos terminaran sin patria como su vida. Muchos fueron los oradores que despidieron sus restos: Juan Carlos Blanco y Herrero Espinosa, por el Uruguay; por la Argentina, varios, entre los que recordamos a Sarmiento, a Mitre, que decía que debía fundírsele una estatua con los tipos de las imprentas de tres repúblicas, y Lucio Vicente López, que quería pa-

ra aquella tumba el epitafio de que: "aquí yace el último gentilhombre".

Recién en 1905 el Club "Vida Nueva", en medio de una apoteosis nacional, y con todos los honores oficiales, reintegró a la patria los restos de este varón ilustre, a quien la Argentina rindió homenaje, enviándolos en un barco de guerra, y Chile abriendo las puertas de su Ateneo para glorificarlo.

Quede, en resumen, que la de Juan Carlos Gómez fué una vida útil, por el patriotismo de sus ideales, por el sacrificio de su acción y por la nobleza de sus virtudes.

En el periodismo fué un heraldo de la libertad, sueño que lo independizaba del prejuicio y de la rutina, de la ambición y del fanatismo, y cuya semilla fecunda arrojó a todos los vientos como el sembrador hasta el atardecer.

Sus frases no eran sólo el vaso cincelado y vacío, sino que engarzaba en él, como una flor, la nobleza de la idea, pulida en facetas lucientes que le aseguraban la perennidad del recuerdo; en sus palabras había todas las elegancias del estilo, el nervio pujante del acero, el calor de la llama y la sonoridad recia del hierro y, sobre todo, como gesto de sinceridad, el acento vidente y la mística unción de los apóstoles y de los profetas.

Si hubiera vivido en 1810, hubiera sido un héroe de la Independencia; pero nació cuando el block de la nacionalidad surgía a flor de tierra, libre en la llanura, bajo el azote de los vientos adversos, y como era tarde para empuñar la espada libertadora, como los forjadores, como los artífices de patria, empuñó la pluma como buril y la hundió en los idealismos del alma de su pueblo, cual si fuera en el granito de sus canteras, para esculpir como en un monumento la fisonomía de la patria grande.

Para hacer más fuerte la simpatía, destaquemos, una vez más, junto a su grandeza moral, sus amarguras y sus infortunios.

Todos sus compañeros, menos él, Mottt, Sarmiento, Mitre, Avellaneda, Alberdi, sintieron sobre su frente, en un momento dado, el bronce consagratorio de los triunfos.

Como esos faros que en medio del mar aclaran con sus luces las lejanías, para orientar a los que transitan en el piélago inmenso, que alumbran todo, mientras dejan a oscuras, anónimo, sin una gota de luz, el brazo de piedra que lo yergue, el torreón altivo, para el que están reservadas todas las furias de las tormentas y los embates de las olas; así también Juan Carlos Gómez irradió por el vasto escenario de sus luchas, todas las luces geniales de su pluma, para señalar a los pueblos la ruta de sus mejores destinos, mientras dejaba en el olvido y en las sombras, el brazo fuerte que la esgrimía, lo mismo que el faro en alta mar al brazo de piedra que lo sostiene.

Por querer la libertad para su tierra, fué desterrado y murió en el exilio como los héroes antiguos; pero la patria no la constituye una sola generación, como a su historia no la escribe una sola jornada: para vencer el olvido y entrar a la posteridad es necesario que a las apoteosis las ratifiquen los labios de varias generaciones; y a este espíritu esclarecido, después de descansar 20 años en tierra hermana, a este espíritu superior, tan negado y calumniado en vida, fueron en peregrinaje de reparación, a buscar después de muerto, para guardar sus cenizas en el panteón de nuestras glorias nacionales, y ahora, en el centenario de su natalicio, aún nos congrega en la hermandad de su culto, en el deleite de rastrear sus huellas aleccionadoras; pasaron cien años y su espíritu aún perdura en los recuerdos de sus virtudes, como esas estrellas, que ya

extinguidas, persisten en el rayo de luz que aclara los espacios...

Recuerdo haber leído en el Gran Palais de París, durante la guerra, en una ceremonia en que se condecoraba a los soldados heroicos, escrito con grandes letras el pensamiento del coronel Charras: "que la patria es como una madre, a ella le debemos todo, ella no nos debe nunca nada".

Cuando querramos poner de esto un ejemplo, acordémosnos de Juan Carlos Gómez, que lo cumplió con tanto estoicismo en los azares de su vida; pero no le evoquemos con la frialdad de las cosas que no nos conmueven, sino con el entusiasmo que tenga un algo de sahumerio de gloria y sintamos nosotros que somos la continuación de la patria a través de los años, que debemos algo a los que la honraron, y arranquemos las flores de la justicia, que ondean gallardas en el surco del tiempo, para coronar paganamente, como a un busto griego, su frente de patriota y de proscripto, de pensador y de obrero, de apóstol y de poeta.

CÉSAR G. GUTIÉRREZ.

Salto.

A JUANA DE IBARBOUROU

Amor halló, por fin, luz de palabras
en el verso que labras,
Poetisa.
Ese oscuro sentir, allí se irisa
y lumbre policroma patentiza.
Por él, tu verso grita cual obseso;
convierte en flor azul .. morada... gualda...
el suspiro; y transmuta en sangre el beso,
—en rauda sangre rutilante y calda.
Del abrazo, hace un cíngulo que exprime
la vida en mil ventosas, y que oprime
cual oprime el del pulpo: hasta la muerte...
(¡Oh, si la Muerte amara de tal suerte!)
Egregia:
tus nervios son las cuerdas donde arpegia
Amor, su acento en música inaudita
desde los siglos cuando Sulamita,
desdeñando la púrpura y marfiles
mercenarios, como abalorios viles,
por él clamaba: por el vero amor,
(afinidad sublime), del Pastor;
desde cuando la moza de Sulem,
despreciando el soborno del Harem:
a las caricias del zagal, ardientes
más que el vino,
su piel guardaba, tibia y con orientes
de plumas de palomo

y perfumes de nardo, de canela,
de mirra y cinamomo;
y el cuello, — Torre de David, — divino,
y los senos, mellizos de gacela
en un prado de lirios: sólo a él,
por quien sus labios destilaban miel...

Pero, también, amor mucho más grande
desde tu alma ubérrima se expande;
el Amor, Pan-Amor, uno y diverso,
ritmo y razón vital del Universo:
que constela los astros en familias,
les traza jerarquías y deberes
y les regula turnos de vigilias,
como si gobernase a humanos seres;
y a las hormigas míseras congrega
para proficua brega...
El que inmedible incendio es en el Sol,
y es brasa mortecina en el farol
tibio de la luciérnaga silvana;
y, en el fruto maduro, es oro y grana;
grito en la fiera, y, en el ave, canto;
y en nuestros corazones, risa y llanto...

Porque, en ti, vive amor de tal linaje,
en cada objeto hermano, — si pudieras —
en cada objeto hermano, te volvieras:
brizna de hierba, y árbol, y boscaje;
pájaro, insecto, gota de rocío,
astro errante, pulvérula; navío
sin timonel, en mares sin fronteras;
cirrus y stratus cándidos; salvaje
alarido del viento;
y ¡quién sabe si aliento,
también, quisieras ser — ¡oh Museída! —
a la vez, de ultra-Muerte y ultra-Vida!...

Así, tú eres
elegida entre todas las mujeres;
y, en el lírico bosque, favorita.
Si, para ti, la vida es un palacio
que te recluye — como a Sulamita
el ávido jardín de Salomón—:
añorando, libérrima, el Espacio,
tú exhalas, anhelante, por las rejas
sordas de la prisión,
tu reclamo de tórtola, tus quejas
de ave cautiva...
...Tu sed de más allá, flotando dejas
en claros cánticos de fuente viva...

***

¡Dijéranse de carne las palabras,
Poetisa, en el verso que tu labras!...

JULIO LERENA JUANICÓ.

NOTAS

De una lejanísima tragedia...

Segura — en su fe — de que hay otro mundo donde se encuentran las almas, cerró definitivamente los ojos anteayer, para ir a reunirse con su marido—su amor — del que había sido separada trágicamente desde casi medio siglo, doña Laura Viera de del Castillo. De la casa vieja de la calle Ejido, donde "parecía que el marido estaba sólo ausente e iba a volver cualquier momento", según ella misma decía, y según la intensidad con que el marido vivía en el recuerdo, salió ayer para el cementerio el despojo mortal de esta mujer, — bella mujer otrora, — sobre quien pesó el peso inmenso de una de nuestras tragedias políticas, no por olvidada menos horrenda.

La señora doña Laura Viera era viuda, desde 1875, del coronel Romualdo del Castillo, Jefe del Batallón 2.° de Cazadores, asesinado en Paysandú, pocos días antes del motín del 15 de Enero, por los elementos de presa que venían preparando aquel fatal atentado contra las instituciones...

Era un hombre de frente despejada, ojos dominadores, un poco abiertos tal vez, con un cabello rebelde, ensortijado y echado atrás. Era un militar todo valor y pundonor, — columna del gobierno, — contra quien, como contra el comandante Lallemand, se habían estrellado los trabajos de los que conspiraban para derribar la autoridad constitucional del Presidente Ellauri.

Había servido con brillo bajo las banderas cruzadas de Flores, en el infierno de la campaña del Paraguay, contra los revolucionarios del 70.

Destacado en Paysandú, con su batallón, los conspiradores, incapaces de reducirlo, lo hicieron asesinar, una tarde, por unos soldados: pocos días después, estalló aquí el motín y la sumaria investigación para hallar a los asesinos quedó, naturalmente, interrumpida.

No se necesitó llevarla adelante tampoco: la opinión señaló a los instigadores y a los cómplices: poco después — además — comenzaron a caer otros, también apuñaleados, y las heridas mostraban una misma medida en el puñal...

Herido por la espalda, al llegar a la puerta de su casa, el comandante Castillo cayó en brazos de su joven esposa — recién casada — y en sus brazos, literalmente, murió allí mismo.

Doña Laura conoció a los ejecutores materiales del crimen, y supo cómo los instigadores los fueron haciendo desaparecer; halló muchas veces en su camino al intermediario más cercano a aquellos bandidos y bajó la cabeza con horror.

Sólo después de muerto, me dijo una ocasión:

—¡Dios lo haya perdonado!

Truncada la felicidad de aquella pareja enamorada, doña Laura Viera hizo durante medio siglo un culto fervoroso de su dolor y de su amor.

Y aunque yo no creo que una viuda haya de hacer arakiri sobre el cadáver de su esposo — o echarse a la hoguera funeraria como una india de Indostán; — ni creo, tampoco, que un nuevo amor no pueda florecer en un viejo campo de dolor, reverenció siempre este amor y este dolor hermanados tan intensamente en doña Laura Viera, porque al fin y al cabo más fácil y general es casarse dos o tres veces...

Rodolfo Costa

Cuando hace dos semanas los médicos abrieron — como en una autopsia — el cuerpo de Rodolfo Costa, no había un órgano esencial de aquella forma humana que no estuviera en falla.

Viejo a los 53 años — una ruina — aguantó como pudo y costándole quién sabe qué sufrires, la última campaña política, tan reñida como suelen ser las lides de la índole en la tierra ríograndense, que era la suya,—para venir, al fin, a morir en Montevideo, el viernes 13 de mayo, con el consuelo — eso sí — de haber oído — apenas ya — la noticia de que habían triunfado los suyos.

Rodolfo Costa fué periodista y, entiéndase bien, periodista — no imprentero, — y, todavía, periodista, a mil leguas de los que usan y se galardonean con ese nombre...

Tuvo y sostuvo un periódico. Y a su periódico sacrificó todo.

Una vez, dos veces, veinte veces, siempre, pasando por las más negras penurias administrativas, se negó a insertar un aviso en la primera página de su diario, aunque el interesado repitiera: —"Pida lo que quiera, pero publíquelo".

—Los avisos, señor, son cosa de comercio, y eso no puede ir en primera página...

•

Llegó a suspender — muchas noches — la luz en su hogar — donde habían una mujer y doce hijos que, como él, se acostaban y se levantaban con el sol, — pero el diario no suspendió nunca la salida.

•

Así fué Rodolfo Costa, y así vivió y murió... *periodista.*

J. M. Fernández Saldaña.

NOCHE DE LLUVIA

Las once. En mi regazo, y en cerrado volumen,
Cantan, en castellano, poemas de Verlaine.
En misteriosos lagos ideales y en
Quiméricos espacios mis anhelos se sumen.

Dulce lámpara, apágate. Ya no quiero leer.
Es propicia esta noche lluviosa a la añoranza.
"El canto de la lluvia", que dice la romanza,
Mecerá mis ensueños con su lento caér.

...Como un grano de incienso tu recuerdo me aroma!
Tu alma clara a la puerta de mi memoria asoma,
Llena de ofrenda, llena de fe y de caridad.

Y en la santa quietud de la hora nocturna,
No se duele ni llora mi alma taciturna:
Sólo sienté, muy nítidamente, su orfandad.

Rosa García Costa.

Saladillo.

EL ALMA DE LAS COSAS

Dice el clarín

Aunque os parezca presuntuoso brillando como el oro y luciendo un cordón purpúreo, no me condenéis sin oirme primero; si no es fundado mi orgullo, relegadme al desprecio, o de otra suerte admiradme.

Mi temperamento, por lo regular, es alegre, hasta tal punto que mi voz conforta el espíritu. A la hora del crepúsculo matutino sé ahuyentar el sueño que pesa sobre los párpados, y al descender la tarde, al toque de la oración, mi voz semeja un salmo que invita a la meditación y al recogimiento y hace pensar en el misterio que envuelve las cosas...

He aquí las dos características de mi idiosincrasia; río con el alba, lloro con el crepúsculo.

En los días de duelo nacional soy solemne llevando el diapasón de las marchas fúnebres; entonces parece que mis notas sollozan por un dolor irreparable, y todas las cabezas se descubren a mi paso.

Sé cantar y sé reir como los seres que tienen alma; luego puedo vanagloriarme de poseerla, y así como hay momentos en que las almas rugen, yo también tengo mis horas de tempestad, y durante ellas, siembro en torno mío la desolación.

Tal ocurre en los tristes días en que los hombres se olvidan de que son hermanos. Entonces, al escuchar mi voz, se enardecen los corazones, se crispan las manos que empuñan armas homicidas, y se nublan los ojos.

Yo ordeno el asalto, y los hombres marchan ciegamente hacia la muerte, corren ríos de sangre, y sobre los ayes de los moribundos, sobre los gritos de maldición, se eleva mi voz, estridente, poderosa...

Luego, cuando el cansancio rinde a los combatientes o cuando unos han obtenido su sangriento triunfo sobre los otros, dejo oir un sonido sordo, quejumbroso, que cubre, como un velo de sombras, un cuadro de horror y de muerte. ¡Es el toque de retirada!

Ya véis que mi alma posee todos los registros y que es capaz de vibrar al unísono con el alma humana.

¿Creéis ahora que no tengo motivos en qué fundar mi orgullo?

La bandera

Soy el símbolo de algo que los hombres miran como sagrado: la Patria.

Al verme tremolar en lejanas tierras algunos evocan un pedazo del suelo querido, ríos cuyas aguas les son familiares, bosques cuyo aliento conocen, montañas que han escalado palmo a palmo o simples cabañas que cobijaron los sueños de una serena niñez

Inflamo en amor una comarca, a determinado número de individuos, pero soy el sudario de la patria universal.

Cuando todos los hombres practiquen la doctrina de Cristo, cuando sean verdaderos hermanos, yo no existiré.

La tierra será entonces un patrimonio común, las innumerables lenguas se refundirán en un solo idioma, cadena de flores que unirá a todos los pueblos y cuyo primer eslabón dirá: *Amor* y el último: *Caridad*.

¡Que brille el sol de ese día aunque yo deba yacer luego en la sombra y se ahorrarán muchas lágrimas y mucha sangre!

Sacrifico gustosa mi orgullo en homenaje a ese ideal de confraternidad humana.

Hoy la palabra *Patriotismo* se antepone a todo; mañana, si ese mañana llega, no habrá más que una palabra verdaderamente prestigiosa, que estará en todos los labios y será: *Amor*.

Y al escucharla, creeremos oir resucitar la voz de aquel sublime predicador de Galilea que dijo a sus discípulos el Verbo supremo, cuyo eco conservarán perpetuamente los valles, los precipicios, las montañas, hasta que él llegue a refugiarse en el corazón del hombre.

En memoria, pues, del Mártir del Gólgota, yo formulo mi voto para que la humanidad me trueque por este símbolo precioso: la *Cruz*.

La careta

Los hombres se acuerdan de mí una vez al año, los breves días que ellos consagran al olvido, a la divina locura de vivir sin frenos, ni convencionalismos.

Entonces la hipocresía y la farsa desaparecen ante mí, las lenguas se desatan parlanchinas, el rubor no tiene razón de ser y los humanos habitan por unos momentos en el Palacio de la Verdad.

Los aristócratas olvidan sus pergaminos y descuidan los refinamientos que constituyen el disfraz de su vida ordinaria, los plebeyos se figuran magnates y adoptan los desplantes y posturas que han observado en sus amos durante el año.

¡Qué hermoso es perder la noción de la realidad, aunque sea sólo por breves horas!

Así exclaman los que transfigurados, ebrios de entusiasmo me llevan por calles y plazas en uno de esos días consagrados al dios de la locura, ocultos los rostros, quizá severos y mustios, bajo la máscara que lleva estereotipada una sonrisa burlesca.

Por ello, no me sorprendería que un pensador se descubriera ante mí con respeto y me dijera al pasar: "Tú eres amable, careta, tú eres consoladora y te has conquistado un puesto en la inmortalidad".

La corona de los Czares

Los mortales se detienen a mirarme con envidia y yo les digo: Tenedme lástima.

¿Sabéis, acaso, el dolor que experimento al ceñir una frente indigna; no comprendéis que me avergüenzo de ello?

¡Oh, si yo pudiera irradiar sin sonrojarme! Pero es imposible, porque a veces me estremezco al sentirme salpicada por la sangre.

Reflejar el sol, símbolo de la libertad, y saber que se es imagen del oprobio y del despotismo, ver que empañan mi brillo muchas lágrimas, ¿no es esto doloroso?

Vosotros, aunque viváis atormentados durante el día, descansáis por la noche, el sueño consolador pone un paréntesis a vuestro infortunio; pero yo no puedo dormir; la soledad, el silencio, aguzan mi pensamiento y hacen que desfilen ante mí, infinitas visiones de pesadilla.

Veo el espectro del Hambre haciendo presa en muchos desdichados, contemplo manos amenazantes dirigidas al cielo, miro hijos separados de sus padres, jóvenes arrebatados del hogar que mueren lejos de los suyos. con las pupilas dilatadas por la fiebre, secas de tanto llorar.

Veo el fantasma de la Guerra segando a su paso muchas cabezas, que caen a tierra sangrientas, haciendo fértil el suelo para la venganza; contemplo a los esbirros marcando con hierro candente la frente de los esclavos; miro a la Libertad aherrojada, inmóvil, bajo el peso de gruesas cadenas, y el cielo, sobre mí,

aparece amenazador y sombrío.

No se ve a Dios; sólo brilla allí el mensajero de su cólera santa: el relámpago.

He aquí mi sueño, he aquí mi vida; podéis envidiarme ahora y trocar si queréis mis noches con las vuestras.

FERNANDO NEBEL ALVAREZ.

GLOSAS DEL MES

Los curanderos

La burbuja levantada en la curiosidad de las semanas últimas por la prisión de un curandero, justifica el destino de esta crónica. Adelantamos que el hábito del sujeto no agrega interés al caso.

El interés radica en la clientela numerosa y heterogénea que usaba, o usa, el específico de nombre seductor. Una clientela dilatada hacia los más lejanos términos de la República desde esta urbe capital; una clientela que ponía en el consultorio, tanto de joyas relumbronas como de vestimentas fatigadas; tantas gentes de espíritu afinado como patanes; tantos corazones estremecidos por desconocidas ansias, como corazones hartos de saber lo que sucederá

Dijo Renán que si algo consentía apreciar las medidas de lo infinito, era la zoncera humana. Vasto dominio tenía entonces nuestro curandero, pues abarcando esa cualidad de la humana inteligencia tan grande ámbito, ¡cómo ahí dentro no cabrían gentes de todas las clases!

Pero todos han sido violentados privándolos del potingue caro a su salud; todos ven reducida su libertad, porque ya no pueden aprovechar plácidamente del taumaturgo, cuya fascinación, o sepa Dios qué artes, cuadraba tanto a su disposición anímica.

Pues creemos que el mal de cuantos venían de diversos puntos de la República a dejar sus patacones,

lo mismo que el mal de cuantos aquí en la ciudad tenían el cura a la mano, era mal del espíritu, resonancias nerviosas, cuya etiología confusa, en realidad, no corresponde a médicos.

Por la especial naturaleza de esos males, por la muchedumbre que demostró padecerlos y haber menester el brevaje hechicero, nosotros pedimos que se reintegre el cura a la plenitud de su ejercicio, devolviéndosele correspondencia, frascos y reliquias.

•

Será eso más práctico y humano que echarse a prestigiar la medicina con medios coercitivos. Hay situaciones de educación y de instrucción que constituyen verdaderos climas hostiles para la ciencia.

Se nos viene a la pluma aquella aguda nota que Remy de Gourmont dedicó en el "Mercurio de Francia" (marzo de 1898), a cierto médico francés que debió ocultar su título, y echárselas de curandero avispado, para crearse una situación a la que su labor intelectual le daba derechos. Fué metido en la cárcel, en la que su pergamino le valió para algo por primera vez. Y decía el sabio comentarista, que el hombre temblaba de que se descubriera la verdadera condición suya de *legitime guerisseur*.

Esto mide exactamente una situación universal.

Y mientras no se logre aclarar las inteligencias para que en ellas la razón pueda influir algo sobre la fe, ha de consentirse a los curanderos, con sotana o sin ella, que hagan de las suyas.

•

Pero, eso sí, se les debe tarifar, o imponérseles contribuciones relativas a sus beneficios, para que el producto de la tontería humana beneficie a su redención.

Además, para que esos señores curanderos, que ignoran cuán difícil es la ciencia, cuán tenebrosos y enmarañados los caminos por donde se busca la verdad, que ignoran cuánto más oscura que esos mismos caminos es la vida, y que ignoran también cuán enigmática es toda enfermedad; para que esos señores curanderos, irresponsables de alma, sufran la única disciplina que puede serles dolorosa, la de achicarles la pecunia.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

La Fuente Inagotable.—Por Arturo S. Silva.—Montevideo.—1921.

El autor—ya conocido ventajosamente como poeta—demuestra, con este libro, que es capaz no sólo de responder emocionalmente a los influjos de las cosas, sino también de analizar la vida en su aspecto psíquico y social.

Sin embargo, es su calidad de esteta la que más se destaca, por manera que el primor del estilo, la potencia expresiva, la agilidad del lenguaje, superan al concepto, al desarrollo y a la profundidad de la idea. Cosa, por otra parte, lógica, ya que no se ignora la juventud del autor y es sabido que—salvo circunstancias excepcionales—la inquietud primaveral es desordenada y gusta más cubrirse de rosas que usar el hábito ceniza de la meditación.

Hay, evidentemente, en "La Fuente Inagotable" un poco de anarquía, de vaguedad temática, de exceso floral, que conspiran contra sus valores efectivos; pero, con todo, el autor puede enorgullecerse de su obra que—también evidentemente—le dan derecho a ser colocado dentro del selecto grupo que en nuestro medio y en el extranjero, siguiendo la luminosa huella emersoniana, cultivan ese género literario-filosófico que constituye el ensayo.—**J. M. D.**

El Enemigo Común.—Por José S Pica.—Buenos Aires.—1921.

La exposición de las ideas maximalistas ocupa uno de los lugares preferentes en el fárrago de papel escrito, que aumenta día a día, a pesar de la carestía del papel. Hemos de suponer que la mayoría de ellas son bien intencionadas, y creyéndolo así, hemos de alabar a este opúsculo, en que el autor—sin pretensiones de escritor seguramente—pretende llevar a las masas, junto con su indignación por las miserias del presente, su esperanza en un mundo social mejor organizado y más feliz.—**A. B.**

Sucinta historia de los Juegos Florales.—Discurso por Abraham Damiroz Peña.—San Salvador.—1920.

Mantenedor de los juegos florales celebrados en San Salvador el 12 de octubre de 1919, el señor Abraham Damiroz Peña nos ofrece, en su discurso, una reseña histórica de los juegos florales, hecha con todo amor y galanura. Desfilan en él las reuniones dominicales de

los trovadores de Tolosa en el jardín de la gaya ciencia, los amores de Clemencia Isaura y del trovador Renato, la muerte de éste en la guerra de los albigenses y el legado de Isaura para la perpetuación de los Juegos Florales y el cultivo de la poesía: todo el encanto de la Edad Media y del romance. Y es así que en nuestra época y en esa América Central, tan cercana de los yanquis, se aspira a imitar una institución cuyo encanto mayor es la leyenda.—**A. B.**

Vanidad.—Por Noel de Sara —Buenos Aires—1921.

El propio autor dice que su libro "es algo así como un glosario espiritual; una impresión jugosa recogida y depositada en confidencia sobre el papel, en momentos de lírico devaneo, del que nada espera, como no sea halagar esa migaja de vanidad que le ensombrece el alma".

La nobleza de la confesión ha tenido por efecto apaciguar la severidad de nuestra crítica. Porque si bien sus impresiones traducen las inquietudes de un soñador y de un hombre bueno, ellas no aciertan a hacerlo de una manera adecuada o completa, tal como una obra de arte lo requiere. Y sinceramente se lo decimos, porque sinceramente deseamos que, si reincide en el pecado de vanidad, sea el fruto de su pecado una obra artística.—**A. B.**

El golfo de Fonseca en el derecho político centroamericano.—Doctor Rodríguez González.—1918.—San Salvador.

Bizarro alegato es el contenido en este libro; admirable cuerpo de doctrinas en las que un justificado anhelo patriótico supo expresarse con gallarda energía; y, supo argumentar con incomparable lógica, y con una erudición en la cual se adivinan rastros de muy prolija hermenéutica

Se lee gustosamente: pues si bien vivimos tan separados, tierras y corazones, nos apasiona esa lucha de águilas. Contra el águila del Norte las viejas águilas romanas, pues no otra cosa que la esencia del viejo derecho romano es lo que anima esas brillantes páginas, cuyo anhelo se concreta en la anticuada y segura fórmula de Ulpiano, cuando dijo de la justicia "que era la firme y perpetua voluntad de atribuir a cada cual lo que le pertenece".—**E. S.**

Las mujeres cobardes.—Por Herminia C. Brumana.—"Novela de la juventud".—Buenos Aires.—1921.

Positivamente, no obstante su juventud, Herminia C. Brumana es ya un valor dentro de las letras argentinas y, creemos, con toda firmeza, que va a influir en el pensamiento de su patria, con sus breves artículos y sus novelas cortas, bastante más que algunos de esos escritores, engolados y presuntuosos, en que es pródigo el vecino país. No se concibe cómo una niña (pues la Brumana es sumamente joven), puede haber adquirido tan grande conocimiento de la vida. Se dijera que, lo que en otros es experiencia, poséelo ella por generación espontánea.

Herminia C. Brumana es, si no la mejor de las escritoras jóvenes de América, la más valiente. No se crea que empleamos la palabra valentía como sinónimo de desenfado, de rudeza o desgarro. Nada de eso: es la suya una pluma que no emplea palabras gruesas, detonantes, haciendo concesión al gusto plebeyo. La valentía de Herminia está en sus concepciones netamente rebeldes, en sus ideas que, pareciendo inmorales, sin duda, a los espíritus timoratos, a nosotros se nos antojan morales por excelencia, edificantemente morales, desde que tienen por amplio basamento el Bien.

Leer una página de Herminia C. Brumana es ratificar un concepto: "¡Qué falta hacía esta siembra, hecha por manos de mujer!" decimos admirados. Y se piensa en seguida en el consuelo que deben experimentar las pobres féminas constreñidas, las pobres víctimas de una bárbara organización, que aherroja a la mujer en la forma menos noble, más absurda, más inicua, tal vez porque la opresora maraña de leyes fué, pura y exclusivamente, tejida por los hombres.

"Las mujeres cobardes", aunque con contextura de novela, es un vehemente alegato, en el cual las frases detonantes y efectistas son sustituídas por esa hábil dinámica de los buenos cuentos. Y, aquí y acullá, esmaltando las frases que describen el accionar de los atormentados personajes, como gemas rutilantes, esplenden los conceptos valientes ¿Por qué sacrificarse? .. ¿Por qué ir al matrimonio sin amor? .. ¿Por qué entregarse al primer hombre, cuando una muralla de hielo, de algo más frío aún, de incomprensión, se alza entre los corazones?... ¿Por qué no dejar al compañero indigno, que, en vez de halagos, prodiga las groserías, las befas, los golpes?...

¡La entraña femínea es sagrada! ¡Hállase allí la vida esperando el milagro de la fecundación!

"Has pecado, pobre santa mujer—concluye la autora;—por buena, por débil, te has dejado violar tu entraña. No protestes ahora de Dios".

Esto, como se ve, es un magnífico grito de rebeldía. Y todo, tal como Herminia lo expresa, de un modo rotundo y firme, sin palabrerío, sin "pose", sin alharacas, humanamente, cordialmente, resulta de un efecto avasallador. Por eso intentamos decir antes que los escritos de esta joven van a influir en la concepción que, sobre la vida, tengan de aquí en adelante muchas mujeres argentinas.

¿Cómo escribe la Brumana? Con frases muy cortas y precisas, un estilo de esos que, perteneciendo a Leonardo Franck, nos parece admirable; pero que lo sigue un Soiza Reilly, y ya tiene el remoquete enemigo: periodista. Como si no fuera la mejor literatura la que con menos palabras dice más.—V. A. S.

"Los Momentos".—Poesías.—De Daniel de la Vega.—Santiago de Chile.—1918.

Alto poeta en verdad este Daniel de la Vega, de quien nada conocíamos...

"Los Momentos" consagran una personalidad y dicen de un poeta musical, espontáneo, claro, "fuertemente desnudo como el agua y el viento"... Poeta que tiene las virtudes de los grandes poetas: poeta que no retuerce el pensamiento ni castiga la rima: poeta que canta su canción como el pájaro libre o como el cristalino manantial... Poeta, en fin, digno de Chile, tierra de altos poetas, de grandes montañas y de profundos mares...

Revisemos el libro:

"Los momentos eternos".—Canta aquí un espíritu cristiano, dulcísimo, de rara naturalidad y fuerte temperamento. Los temas son subjetivos: dicen de la vida, del corazón, del amor, de las ansiedades eternas. El poeta es villaespesano en la dulzura, en la sonoridad, en la emotiva facilidad rítmica. Con frecuencia tiene "la sencillez de un verso puro que nace como de casualidad"... A veces es la dulcedumbre honda y el anhelo evangélico lo hermana con Rubén. Hay cierta "Plegaria" que evoca "La Cartuja" de Darío. Pero en todas partes resalta la naturalidad, el lirismo, la sencillez, esa misma sencillez a la que el poeta llama "muchachuela de ojos tan bonitos, que juega con las ramas de los árboles y que al borde de los charcos más humildes se detiene un instante"...

"Los momentos serenos".—El lirismo no decrece sino que se acentúa en esta segunda parte. "Los momentos serenos" definen la lírica pura de Daniel de la Vega, moderno pero no modernista, sencillo pero no simple, melancólico pero no tristón... Son las líneas arquitecturales en su más diáfana expresión y en su más noble harmonía. Rubén Darío y Santos Chocano se evocan de pronto. Con ambos tiene puntos de contacto: la imaginería romántica, la musicalidad sentimental, la intensa actividad lírica... Hay la misma alegría panteísta y la misma velada melancolía de Chocano y de Rubén... "Yo tengo un gesto de duda y un toque crepuscular"...

"Los momentos íntimos".—Son versos llenos de intimismo... Es complicado sin complicaciones, pudiéramos decir en paradoja. El modo cortado y breve favorece a la síntesis y a la emoción. Aquí se recuerda a Fernández Moreno, autor de "Intermedio provinciano" y de "Ciudad": No es influencia: es comunidad de líricas y de técnica.

"Los momentos líricos".—En esta parte de su libro, Daniel de la Vega se posesiona de una alta y ancha dignidad de su rango. "Del gratia vates" casi épico, con exaltación y con orgullo define al poeta—"vastos milagros condensados en un hombre". En las "Odas germanas", canta a la rubia y fuerte Alemania, exalta a Guillermo Emperador, proclama la posesión germánica de la Alsacia y la Lorena, se regocija por el medio millón ruso de Tannenberg y por Lieja vencida y Varsovia tomada y Francia deshecha... "El feld-mariscal, fuerte, solo, pensaba. El águila de su casco elevaba su perfil imperial". "Cada vez que se grita el Deustschauld über Alles se hace más ancho el cielo para oír su clamor"... Poéticamente, un alto soplo impulsa estas canciones; pero es imposible separar la idea del verso, y, aunque la realización es bella y fácil,

nuestro corazón americano rechaza con altivez tales pensamientos... Ni con la circunstancia flamígera de 1914 el poeta lograría convencernos de su actitud.

"Los momentos visionarios"—La desilusión anterior se amortigua poco a poco. El poeta ha vuelto a su subjetivismo y es más profundo y más noble. Canta a la materia en tercetos hermosos y sutiles, a la poesía en ritmos rubenianos, a los sueños en largos caminales visionarios bajo el toldo de los cielos, al viaje un poco arbitrario del mineral cósmico, al hombre primitivo pasando por el árbol florecido..

"Los momentos fugaces"—¿Carriego, acaso? ¿Luis C. López, quizás? ¿Pezoa Velis entonces? ¿Fernández Moreno otra vez?... Ninguno de ellos y todos ellos. Y hasta Rubén y Verlaine...

Daniel de la Vega reincide en la poesía de sus buenos momentos, y es emotivo, suave, tierno, sollozante, sin dejar de ser hondo, sintético, cromático... Se conoce que en alguna página el verso se escribió sobre la mesa de redacción para completar la galera de "Sociales", como hacía nuestro desdichado Federico Ferrando, o como alguna tarde, nosotros mismos, lo hicimos en aquel diario de provincias .. "Quilqué. 3526 habitantes"... "Nuestras amarguras son literaturas". . "Encontraba simpático a Voltaire y se burlaba de don Juan Tenorio.—Gaspar tenía una mujer para el aseo de su dormitorio. — Más de algún literato lo juzgaba: ¡es un farsante este Gaspar!—Y él sacaba un cigarro Morilland y fumaba...—Tuvo un amor inmenso y lo dejó pasar"...

Como Chocano dice que "nació para conquistador". Como Fernández de Moreno canta al pueblo pequeño y triste, a la vecina del barrio, a la "veredita" solitaria... Como Pezoa Velis, tiene "alegre la ironía y triste el vino", glosando el verso becqueriano. Como el padre Verlaine se siente "delicado y enorme", y oye repiquetear la lluvia dentro del corazón, y enreda la visión de una mujer con una tarde callada y pluviosa .. Acaso proviendo las saetas de los sagitarios hace la salvedad de que sus versos son "suyos". "Mi vaso es pequeño, pero bebo en mi vaso", con frase de Musset podíamos decirlo...

"Los momentos fraternales".—Aquí termina el libro. Se trata de hermosos medallones puestos en libros amigos. El penacho lírico se estremece de luz y de emoción. La espontaneidad se mantiene definitivamente.

Vario y fluyente, sentimental y sensitivo, pródigo y moderno, Daniel de la Vega podría muy bien ser ese poeta de que habla Cansinos Assens, "destinado a servir a las muchedumbres, en inagotables hornadas, el pan de la poesía, el buen pan, un poco moreno, que ama el pueblo".

... Porque, como él lo dice de Mauret Caamaño, "viajero del crepúsculo y la altura suya es la estrella, el alba y la canción"...—T. M.